

El camino mas allá del destino

valentin prieto



Capítulo 1

El camino al destino

A pie he recorrido los insondables kilómetros que me separan de la respuesta que he buscado durante tantos años. Solo recuerdo el saludo de una robusta mano que luego se desvanece con el viento. Mis recuerdos se han movido como la arena en la punta más alta del médano, y se han visto arrastrados con fuerza indomable. ¿Mi nombre? Temo que ya no lo recuerdo. ¿Mi edad? Estoy casi seguro que he dejado de cumplir años. Todo se ha ido. Todos se han perdido. Solo me queda la razón de mi larga marcha.

El sol abraza cuando la sombra de la gran montaña se cansa de protegerme. Mi paso mengua llegado el punto más álgido de aquella estrella en llamas. Conservo un poco de agua del último charco que encontré en el camino. Si no me equivoco, tendría que llegar a un gran lago pronto; un lago profundo y azul. Dormiré a la veda de sus aguas y retomaré la ruta al primer rayo que toque mi rostro. Estoy muy cansado pero he de seguir. Llegare a la verdad.

El hombre de arena

Mi boca reseca saborea el pequeño cambio de humedad en el ambiente. El lago estaba cerca y, apurando el paso con la poca fuerza que quedaba en mis piernas, me dirigí hacia el gran ojo azul.

La extraña figura estaba sentada, en una posición muy familiar, sobre un banco de arena próximo. Que extraño era ver a este ser viviente por aquí. Me acerque con precaución y con el cuchillo preparado. Esa pieza de metal era parte de mí aunque ya no me acordara como había llegado a quedar a mi lado.

-Saludos a aquel que vive en estas tierras- dije al extraño en la arena.

-Bienaventurado seas, tú que buscas la verdad – levantando la mano y dedicándome un gesto.

La formalidad de sus palabras era un buen indicio de razonamiento; no parecía ser un salvaje. Aunque no baje la guardia por completo, si me senté frente al desconocido ofreciéndole la poca agua que traía en la reserva conmigo. Cortésmente hizo una seña declinando mi ofrecimiento y, con los pájaros de testigos, nos quedamos largo tiempo perdidos en la

mirada del otro.

No hablábamos, no intercambiábamos ningún gesto. Su rostro pétreo, aunque cálido, me transmitía una sensación de añoranza. El olor de la arena penetraba con mayor intensidad que todos los demás a mí alrededor.

- He de seguir – Declaré con impaciencia ya que era poca la distancia que me separaba de mi descanso.

- ¿Cómo es que no te acuerdas de mí? ¿Acaso tan extraviado te encuentras para no reconocerme? Mira bien mi rostro y te verás a ti mismo.

Confieso que de sus pronunciadas líneas gritaba una voz que no lograba reconocer en mi mente. Pugnaba por salir y manifestarse en cualquier momento, pero el gran vacío que consumía todo en mi interior no dejaba escapar nada con tanta facilidad. La luz era solo una manifestación que duraba lo que el átomo en destruirse; un microevento sesgado por la naturaleza destructiva de aquello que me corrompía. Otra vez esa voz. La voz de un niño llorando en la oscuridad. Una mano diminuta aferrando su contraparte ensangrentada. El olor del líquido carmesí y arena inflaman mis sentidos. Otra voz, consoladora y cariñosa. La voz de alguien que ama. Era un milagro: La luz se había encendido.

- El brillo en tus ojos te ha delatado. Me alegra que pueda compartir el poco tiempo que tengo contigo...Hermano. – Se puso en pie y extendió sus brazos con intención de abrazarme.

– No olvides quien eres. No olvides el amor de quienes no te hemos olvidado. De quienes sienten que no te has marchado y aun sigues entre nosotros. Recuérdalo....

A mis espaldas corrió un viento que había surgido desde las profundidades montañosas. La masa ventosa comenzó a desmenuzarse al extraño que afirmaba ser mi hermano. Su torso, sus piernas, parte de su rostro pero aun todavía con sus brazos levantados, ofreciéndome el eterno abrazo. Pronto no quedo más nada de su figura.

Comencé a caminar sin darme la vuelta. Ya había dejado muy atrás aquel banco de arena pero las palabras de quien estuvo sentado allí se habían colado en mi mente. Como la arena que se cuele en las casas durante el vendaval.

La dama del agua

Sumergí mi rostro entero en las calmas aguas de aquel imperturbable lago. Sentí renovarse mis fuerzas a la vez que el vigor decía ¡adelante! y el cansancio contradecía a gritos ¡detente!. Mis piernas por fin tomaron la decisión y se precipitaron al suelo junto con el resto de mi cuerpo.

Dejé la bolsa de cuero cerca de unas rocas que se encontraban a pocos metros de la orilla. Me desnudé completamente y me entregué a sus aguas. Había perdido peso y flotaba en el frío cosmos que nutría todo a mi alrededor. Plantas del desierto que no necesitaban mucha agua y otras muy pocas, únicas y especiales, que si la necesitaban y recibían la energía que emanaba de las profundidades.

No me atreví a ir más lejos de la orilla; puede ser muy peligroso adentrarse en su seno. Hay historias, leyendas, que lo hacen a uno sucumbir a las más ridículas fantasías que afloran los más irracionales temores. Pero por experiencia, sabía que todo eso era cierto. ¿Acaso no había entablado conversación con un hombre hecho enteramente de arena hace tan solo unas pocas horas? La experiencia es lo que me ha mantenido con vida hasta el momento junto con aquellas historias.

Una roca tenía la mitad de su cuerpo debajo del agua y la otra parte, lisa y llana, fuera en la superficie. Aproveché la oportuna formación y descance sobre ella. Un borde natural que me daba la oportunidad de anclarme en una posición relajante. Todo a mí alrededor era armonía; Todo en mi interior era caos.

El tiempo se aceleró precipitadamente hasta que febo hubo quedado detrás del horizonte. Aun su luz resplandecía, débil, de tonalidad melancólica. Sobre mi cabeza habían comenzado a encenderse aquellos fuegos celestiales que según la tradición, eran las almas de nuestros más honrados parientes. Las estrellas, perezosas, aumentaban su brillo a la vez que el sol se apagaba.

Despertaba la noche.

La serenata de los grillos, detrás de los secos pastos, prorrumpía armoniosa e ininterrumpidamente. Pequeños insectos alados danzaban al son del inarticulado sonido sobre las filosas hojas de aquellos juncales alrededor. Podría terminar todo aquí, en este escenario de ensueño. Todo tendría sentido y si no lo tuviera, cerraría feliz mis cansados ojos para soñar en la eternidad.

- ¿Tan pronto quieres desistir? – Era una voz serena, una voz conciliadora y protectora. Volvían a mí pequeños retazos de eventos pasados. Eran cortos y difusos pero demasiados vívidos. Una mujer, una hermosa hembra. Salvaje, valiente, segura. Era una madre eso estaba claro; Era

MI madre.

Extendí el cuello para ver de dónde venía aquella voz y la emoción que me producía recordar aquel cabello que de niño se dejaba caer sobre mi rostro. Todavía no había caído completamente la noche sobre nosotros por lo que aún se podía distinguir todo lo que estaba a mí alrededor.

- No es necesario que siempre busques en la lejanía. A veces las cosas que amas pueden estar más cerca de lo que piensas. –

Bajé la mirada y ahí estaba: un pequeño saltamontes verde con sus alas extendidas. Un hermoso matiz de color bordó y naranja. Parecía llevar fuego debajo de aquellas extremidades. Era sin duda la dama del agua más hermosa que había visto en mi vida.

- Lloriqueas pequeño. ¿Comienzas a recordar? –

Que tristeza me producía escuchar esa tonalidad. Era como si me reprocharan algo mientras se contenían las lágrimas en los ojos. Todavía había amor pero quedaba oculto bajo una capa de resignación amarga. Comencé a llorar.

- Eso está mejor. Deja de creer en ese estúpido concepto de dureza. El mundo es dulce y amargo, los eventos en nuestras vidas dejan marca en el corazón y no en una pared hecha erróneamente de indiferencia. Ahora podré descansar, porque sé que mi hijo no me ha olvidado –

El pequeño insecto saltó de la roca que compartíamos y desapareció en el agua. El canto de los grillos se había elevado, seguramente porque no querían escuchar el melancólico drama del hombre en el agua. Me solté de la roca y me empuje en dirección contraria. Volví a flotar desnudo sobre una galaxia oscura con miles de estrellas observándome.

Había venido para beberme al lago pero al final, era este quien se alimentaba de mis lágrimas.

Leyendas

La liebre duerme en su madriguera igual que el zorro. El hornero en su casita de barro mientras que la serpiente en una bajo la tierra al igual que la lagartija y a veces las arañas. Los peces son especiales, decía mi abuelo, ellos son los únicos que han conquistado las aguas y las han reclamado para sí; son únicos, son *los unicos* que lo han logrado pero... ¿En verdad era así? El mundo es muy antiguo y los humanos no

somos más que bebés ciegos berreando en la oscuridad.

Avanza el tiempo. Algunas estrellas se apagan y otras siguen brillando. Todo sigue su curso. El tiempo no espera a nadie.

Había dormido ¿Cómo era eso posible? Tendría que haberme ahogado. Me encontraba flotando en la nada misma. Ya no veía la orilla ni mucho menos las montañas. Me hallaba en el seno mismo del lago.

Tumefacto, paralizado, asustado y arrugado. Nunca le había temido a la oscuridad, ni de niño, pero nunca había visto demasiada en un solo lugar.

Comencé a nadar en la dirección que creía era por donde había venido. Lo bueno era que me había repuesto del agotamiento y podía darme el lujo de gastar energías, solo debía administrarla bien. ¿Cuánto realmente me había alejado de la orilla?

Braceé y pateé cuanto creí necesario; no lograba divisar nada. Ninguna señal, ninguna luz, ningún sonido a mi alrededor. La nada misma no es de color blanco sino negra como los ojos de los peces.

- Veo que estás desorientado aunque creo que ya lo estabas hace bastante como para terminar en este lugar. -

La voz era gutural y gruesa; transmitía paciencia y serenidad. Era la voz de un salvador que seguramente se aproximaba a mí en un bote o canoa. Levante las manos y grite a ninguna dirección en particular. Giraba sobre mí mismo para poder ver a todas partes y ninguna en concreto.

- Se dónde estás, te estoy viendo en este mismo momento aunque creo que tú no lo sabes.-

Comencé a desesperarme ¿Dónde se encontraba? ¿Estaría a una distancia prudente creyendo que soy una amenaza? Imposible, suena muy cerca. Volví a girarme incluso levante la vista al cielo pero nada. Oscuridad. De pronto comprendí, ya no estaba desesperado sino lo contrario: Estaba paralizado del miedo. Comencé a bajar lentamente la vista hasta divisar un reflejo blancuzco justo debajo de mis pies. Esto escapaba totalmente a mi experiencia. Era el reflejo de uno de los seres primigenios.

- ven...-

Como había hecho al llegar por primera vez al lago, volvía a sumergir mi rostro pero esta vez para observar aquello que habitaba en sus negras aguas.

Recuerdo a un hombre en torno a una gran fogata. Las llamas ascendían hacia la noche, hacia la luna, para quemar su superficie. La danza era

salvaje, ruidosa e irresistible. La gran energía que se acumulaba con cada paso de ese hombre, sobrecargaba todas las emociones de quienes se congregaban alrededor. Yo me encontraba allí, testigo del chamánico baile. Joven, impresionable y delgado, fijaba mis ojos en aquella figura desnuda, vestida solamente con una máscara ceremonial blanca que le llegaba hasta el tórax; era el rostro de un dios, el rostro de algo que estaba más arriba que todos los hombres. Era el mismo rostro de aquello que me observaba en las profundidades oscuras del lago.

Solo un rostro, uno que parecía ocupar casi la totalidad de las profundidades. Necesitaba de la locura, era tal vez la única forma de afrontar aquello. Maldita mi conciencia y razonamiento. Maldita la cordura endeble que no terminaba de romperse. Todo podría ser más fácil.

- Tu cuerpo todavía no se ha adaptado a este entorno. ¿Por qué estás aquí, en este lugar que no es tu hogar? -

Podía escucharlo perfectamente aun debajo del agua. Era esto la prueba de un ser que estaba más allá de nuestras posibilidades. Nos hemos quedado muy atrás ¿cómo pudimos permitirnos creer que encabezábamos lo mejor de la naturaleza?

Ya no podía pensar más. Peor aún necesitaba tomar aire; había dejado escapar mucho gritando debajo del agua.

Antes de emerger y tratar de llevar a cabo lo que sería una inútil huida a nado, me encontraba rodeado por un haz blanco de luz.

- Estas envuelto de mi presencia. Me sorprende que aún no la hayas podido desarrollar. Todos los de tu especie son lentos y tardan en aprender. -

Podía respirar aunque no lo sintiera de esa forma. No sabría describirlo pero no sucumbía a la falta de aire; era como si ya no lo necesitara, como si el oxígeno me fuera tan imprescindible igual que el agua para algunas plantas del desierto. Había evolucionado millones de años en tan solo unos segundos. "Presencia", era como si la tocara. La energía que se manifestaba de una manera desconocida e inalcanzable para nosotros. La manifestación física de las posibilidades infinitas de la vida.

¿Por qué me dejaba vivir si le parecía tan efímera mi existencia? ¿Por qué se tomaba las molestias para que no me ahogara? ¿Compasión? ¿Curiosidad? ¿Sadismo? Nada encajaba y a la vez todo lo hacía.

- Estas dividido. Increíble. Eres algo que se compone de partes que están separadas entre sí pero a la vez componen toda una estructura. Es

contraproducente al mundo y aun así, nunca deja de sorprenderme. –

Estoy roto. Descosido, con los retazos lanzados al viento. ¿A qué se debe mi existencia?

El frenesí estival recuperaba su vigor y fuerza dentro de mí. Otra vez veía a ese chaman danzando, jugando, arrojándose a la llamas de la eterna hoguera. Era el clímax, era éxtasis; Todos los presentes se elevaban majestuosamente hacia el reino espiritual, como tantas otras veces. Azul era ahora el fuego sagrado. Azul era el halo que envolvía la carne. Todo terminaría pronto.

Silencio. Oscuridad. El fuego se había extinguido de repente. Los halos habían desaparecido y el baile cesado. Frustración, vergüenza, odio. Algo había roto el círculo y lo había precipitado a una mofa de mal gusto. Una burla a los ojos de todos los presentes. Un dedo señalando un rostro; un dedo condenatorio, agente de la justicia tribal y absoluta. Un dedo que me señalaba con odio y desprecio. Un dedo inquisidor. El dedo de mi padre.

- Sorprendente. Se han unidos y a la vez otros se han separado. Que comportamiento tan interesante. ¿Será así también en el universo? ¿Las estrellas y las galaxias por igual? Que fenómeno tan impredecible y aterrador. Complejas y con su propia esencia; así definiría a lo que ustedes llaman "emociones".-

Impredecibles diría yo. Nuestras acciones están sujetas al resultado producido por la combinación de diferentes emociones. Somos hijos del ahora, frutos del presente. Somos lo que hacemos y hacemos lo que en nuestro interior impere en el presente. No existe el d...

- Destino –

Todo comenzó a temblar. Las profundidades parecían ascender hacia las estrellas mientras que la gravedad parecía ser un chiste. En la oscuridad, en la impenetrable oscuridad, resplandecían miles de rostros como el que tenía frente a mí. Rostros de tamaño inmensurable.

Los escuchaba, a cada uno y a todos a la vez. Exploraban dentro de mí, revisaban cada recoveco de mi ser, cada fibra, cada partícula. ¿Acaso a esto querían llegar aquellos salvajes que practicaban sus conjuros y canticos alrededor de la hoguera? ¿Pretendían ser ellos los portadores de la "presencia" de los seres primigenios? Bestias idiotas incapaces de comprender lo que se les ha negado desde el principio. Excusas de hombres. Excusas de vida. Todos pertenecemos a las tinieblas.

El ciempiés negro

- Aire...- Me incorporé estrepitosamente mientras inhalaba grandes bocanadas de aire fresco por la boca. Pronto me di cuenta que me había llevado las manos para prevenir el ingreso del agua a mis pulmones pero...ya no me encontraba en las profundidades del insondable lago. Estaba acostado a la veda de un camino de tierra muy similar al que había estado transitando.

Alrededor solo se extendía un gran tapiz celeste con alguna que otra nube rebelde merodeando cerca. Montañas, plantas secas, agujeros en el suelo árido... Sí, me hallaba otra vez en el camino y no muy lejos de mí, se encontraba el viejo bolso de cuero curtido con todo su contenido. Inclusive el cuchillo.

Levante la vista al cielo con la esperanza de verme observado por miles de nosotros pétreos y de color blanco pero, solo veía un cielo bastante calmado.

- No existe el destino...eso simplifica las cosas – comencé a caminar pero esta vez con parsimoniosa calma. No había nada que valiera la prisa.

Me sentía extraño conmigo mismo, estaba haciendo algo que hace mucho tiempo no hacia: Recordar. Un trozo de carne al fuego, llagas en los dedos por cosechar algo pero no sé bien que era. Veía risas, caras difusas y juegos cuyas reglas no conseguía entender. Ahora salpicaba la sangre; antes de eso, una flecha silbando en el viento y un sonido que se incrustaba profundamente en algo vivo. Un terrible alarido, un crepitante llanto que se extinguía conforme pasaban los segundos.

Veía gente corriendo, gritos y exclamaciones nerviosas; Una multitud alrededor de un bulto inmóvil y sobre él, un desconsolado llanto proveniente de una mujer que le cubría la totalidad del cuerpo con el suyo. A los lejos, y a la vez muy cerca, un pequeño niño con un arco en las manos. Un arco sin flecha.

Las risas se habían extinguido al igual que el fuego sagrado de aquellas bestias humanoides. La risa de aquel que sostenía el arco todavía persistía entre tanto caos. Luego, poco a poco, comprendiendo cada vez más, desapareció a medida que el llanto se elevaba cada vez más sobre aquella chusma hambrienta de saber que había sucedido.

Vomite. Vomite todo lo que tenía dentro y todo lo que no creí tener.

Llore. Llore arrodillado en aquel suelo hirviente. Maldiciéndome por recordar.

- Me mataste -

- ¡No es cierto! ¡Fue un accidente! -

- Pero el resultado fue el mismo. Estoy muerto y tu vivo. ¿Cómo puede ser justo eso? -

- En eso si tienes razón, estas muerto y por eso solo estas en mi cabeza -

- En tu cabeza...en tu cabeza...en tu cabeza... en...tu...cabeza... y aquí... -

Podría correr al infierno si quisiera pero paradójicamente siempre estuve caminando en él. No quería voltear pero algo no me lo permitía ¿Culpa? ¿Odio? ¿Amor? Cualquier cosa menos el sentido común. Volteé y allí mismo lo tenía enfrente, a un pequeño con una oscura herida en su costado izquierdo.

- ¿Por qué me mataste? Pude haber vivido muchos años. Hubiera podido aprender, jugar, crecer y tener una familia. ¡Hubiera sido mejor hombre que tú! ¡Mi vida tenía más sentido que la tuya! ¡Me arrebataste todo! -

- ¡Cállate! ¡Cállate! Por lo que más quieras ¡Cállate! -

- Mi vida, mí condenada vida...condenada por tu envidia, por tu soberbia...Por tu odio... -

No estaba tan lejos de mí aquella demoniaca manifestación por lo que la piedra que le arrojé le dio de lleno en la cabeza a la vez que su cuello tronaba como una rama seca. Las lágrimas en mis ojos quemaban como la hiel mientras un profundo odio que surgía de mi interior ardía como el fuego de algarrobo. Ya tenía cargado el segundo disparo cuando el morboso espectáculo culminó en un final digno de una pesadilla. De su herida abierta, aquella que supuraba en su costado, había surgido un ciempiés negro.

- Mira lo que has hecho chico. Has matado a tu hermano...otra vez....-

El infernal insecto salía del oscuro agujero a la vez que se enroscaba con sus infinitas extremidades por el inerte cuerpo del niño. La cabeza del ciempiés se pozo en la de mi hermano que a estas alturas se había convertido en un títere controlado por aquella cosa.

- Parece que le has roto el cuello pero no hay problema, podemos solucionarlo. Todo se puede remediar, bueno casi todo, la muerte es más complicada por razones algo burocráticas. -

Siempre estuve en el infierno, solo que no había prestado la suficiente atención ¿De que sirvió caminar tanto si nunca podría salir de aquí? ¿Por qué sufrir y martirizarme por lo irremediable?

- Porque es la naturaleza del hombre el creer que puede cambiar las cosas. Su naturaleza esta envenenada por esos pensamientos e ideales ¿Qué pretendías encontrar al final de todo esto? ¿Redención? No hay redención para ti. No hay perdón para ti. No hay esperanza para ti.-

Poco a poco, sin prisa, sin vacilación, me fui entregando al horror mismo que enroscaba su cuerpo con el mío. Un abrazo que nos uniría para siempre. Un abrazo que me acercaría a mi hermano y comulgaríamos con aquello que nos estuviera esperando en la eternidad. En la penumbrosa eternidad. Ya faltaba poco...este era el final que había estado buscando por tantos años.

-..... No hay destino...somos el resultado de nuestras acciones...somos el presente y todo lo que fue, y lo todo que será, se enmarcan en algo que incluso está más allá de "nuestro" alcance, de nuestra presencia...Recuerda eso, ser de luz... - Agua y oscuridad resurgían de la pantanosa ciénaga que era mi memoria.

Por fin veía algo de claridad y era gracias a ello que pude sacar el cuchillo y clavarlo sobre la dura piel de ese esbirro. Dura si, impenetrable también.

- Deja de luchar, es algo sobrevalorado. Consuélate con el hecho de que pronto estarán juntos. Que haya oscuridad no significa que no exista el amor. Entrégate a este perdón, al perdón de tu hermano. -

Cada corte, cada estocada, cada golpe con el mango era efímero. No había forma de detenerlo e incluso uno de aquellos golpes rebotó provocándome un corte en la pierna.

- ¡¡¡El perdón de mi hermano siempre lo he tenido...pero soy yo...el que...tiene que perdonarme a mí mismo!!! -

Desde lo más alto que pudo alzarse mi brazo, desde lo más profundo de mi corazón, pude arremeter por fin un golpe que fue capaz de cortar a esa encarnación demoniaca. Se retorció en el suelo mientras que su otra mitad entraba deprisa por la herida abierta del cascarrón humano. Dolido y algo desorientado, me incorpore y agarre al escurridizo ser para jalarlo fuera del agujero.

Chillando, retorciéndose, maldiciendo en una lengua primitiva, el ciempiés negro recibía cada golpe, cada corte y cada apuñalada producida por mi inseparable compañero. Nunca, desde incontables luchas hasta repetidas labores en que lo hube utilizado, había visto semejante brillo desprendido

de su siempre afilada hoja. Creo que era algo de mí, algo de mí "presencia".

El exoesqueleto oscuro prorrumpió en un crujido limpio y seco. Todo terminó allí debajo del sol abrazador y la quietud del campo. Solo me dejare un recuerdo que habrá de perturbarme y consolarme por muchos años más: Después de matarlo, el cadáver de ese ciempiés comenzó a transmutarse, a cambiar; ante mí tenía un arco de caza roto en varios pedazos. Un arco negro. Algo que se lo llevara el viento en los años venideros.

Un incierto porvenir

Volvía al sendero. Retomaba el paso aunque esta vez con mayor seguridad. Se sentía algo extraño alrededor; el tiempo caminaba junto a mí, como dos amigos que se hubieran separado en una encrucijada y volvieran a encontrarse al final. Así había sido por tantos años, había estado quieto, no iba a ninguna parte. ¿Cómo habría sabido llegar si nunca supe el cómo hacerlo?

Existía un porvenir, pero no era el destino. Era yo quien se encargaría de fabricarme uno a medida que el paso me lo permitiera.

Mi hermano, mi madre, mi padre, mi pueblo, todos ellos, ahora estaban a mis espaldas. Con algunos llegue a reconciliarme, con otros nunca obtendré su perdón, pero lo más importante es haberme encontrado a mí mismo. Con esa certeza en mi corazón pude romper el muro que me impedía continuar.

A lo lejos se ve un desnivel en el terreno; es bastante extraño. Estoy frente a algo que nunca he visto antes. Es más duro que la roca y tan homogéneo como el agua. Se extiende en línea recta hasta el horizonte y más allá. Una línea infinita y amarilla corta al medio este suelo antinatural. Camino sobre su superficie caliente hasta llegar a una señal. No es de madera y su color verde me desorienta. Hay un nombre y una especie de número al lado de este; lo he visto en un sueño hace bastante, indica distancia:

"San Rafael 73 km "

Observe la esplendidez del campo que me resguardó por tantos años. Ahora había un nuevo sendero ante mí, extraño y peculiar, que llegaba hasta el hogar de aquel sol que se ocultaba en las noches.

No sé porque pero extendí mi brazo y subí el pulgar hacia arriba; Un gesto raro pero que creía necesario en este momento. Espero descubrir que

significa y a quien se lo estoy ofreciendo en este nuevo mundo.